

Agosto 1.^o de 1875.

MQNTEVIDEO

ÉPOCA 2.^a — AÑO 1 — NÚM. 17.

LA VOZ DE LA JUVENTUD

Periódico Semanal Científico - Literario

ADMINISTRACIÓN CALLE DE LA AGRACIADA 84 C. MACIEL 38	Directores y Redactores: CARLOS MUÑOZ Y AMIA — CORNELIO VILLAGRA ADMINISTRADOR: PRUDENCIO VAZQUEZ Y VEGA	SUSCRICIÓN POR MES \$ 0.82 (ORO) NUMERO SUELTO 0.25 CTS.
--	---	--

COLABORADORES: — Prudencio V. y Vega — Samuel Donovan — Ramón López — Leodegario Canosa — Augusto Bergallo — Anacleto Dufort — G. R. Williams — Teófilo D. Gil — Justo J. Caraballo — José G. Busto — Estanislao Pérez — Juan Z. de San Martín — Enrique Ararola — Ángel C. y Alvarez — Julian O. Miranita

REVISTA GENERAL

El Club Platense — El Club Católico — El Club Joven América — Crónica de teatro — Una discusión postergada — Los deportados — Dos producciones nacionales.

Nuestra vida literaria y científica se condensa por completo en las sociedades que se han establecido con el mero objeto de impulsar á la República en ese sentido por el sendero del progreso. Infelizmente nos hallamos en la imposibilidad de comunicar á nuestros lectores la edición de obras importantes, que dejen ver á través de sus páginas que se han realizado nuevos y grandiosos adelantos en la esfera atrayente de las letras ó en el círculo luminoso de la ciencia. Siendo así tenemos que contraer las revistas generales casi exclusivamente al estudio del estado de las ilustradas corporaciones que mantiene erguidas y en pie el brazo potente de la juventud.

Comenzaremos nuestra tarea por el Club Platense, modesta asociación que hasta hoy ha vivido en la oscuridad, y que merece por mil motivos que le envíemos una palabra de aliento y un aplauso.

El 25 del pasado se reunió para discutir un trabajito de su presidente don Juan Campos, que llevaba por título «Consideraciones sobre Aníbal.»

Como el número de los miembros del Club Platense es muy limitado, se refundiría tan pronto como sea posible en la Sociedad Filo-Histórica, que está llamada á ser la verdadera representación de la laboriosa generación actual. Si la fusión indicada se realiza, tendremos un nuevo motivo de satisfacción y regocijo.

• •

En la semana trascurrida también celebró sesión la ilustrada asociación conocida con el nombre de Club Católico. El señor don Jacinto Casaravilla leyó un trabajo que versaba sobre la inmortalidad del alma, que no tuvimos el gusto de oír por haber llegado algo tarde, y del cual se nos han hecho grandes ponderaciones. En breve nuestros lectores podrán juzgarlo, pues su autor nos ha prometido entregar con él nuestro periódico.

Impugnaron la tesis leída los señores Lopez y Tabares. En seguida el fiscal eclesiástico doctor Soler, con fácil y elocuente palabra reasumió el debate, observando al hacerlo un procedimiento rigurosamente lógico.

Nos complace reconocer que el presente del Club Católico le garantiza un porvenir colmado de ventura. La Re-

pública olvidaría sus euitas si todas las creencias á imitación de las católicas, se tradujeran en centros ilustrados de propaganda.

El Club Joven América, otra de las columnas de nuestra literatura naciente, reunióse el 26 de Junio, para tomar en consideración una disertación del señor don Agustín Bergallo sobre las primeras nociones de la lógica. El señor Bergallo hizo una exposición metódica del punto que le había sido encomendado por sus consócios. El señor Bergallo desempeñó el encargo mejor de lo lejítimamente exigible á un estudiante de primer año de filosofía.

El domingo subió á la escena en nuestro viejo coliseo el renombrado drama de Alejandro Dumas «El Mulato ó el Caballero de San Jorge.» Se cree que tenga un fondo de verdad y que se refiera á la vida de su autor, circunstancias que natural y justamente despiertan interés en el público. Una numerosa concurrencia honró la representación de esa obra dramática. La compañía trabajó á entera satisfacción de los circunstantes.

Esa misma noche fué representada la peti-pieza titulada *La Granítica*, habiendo gustado muchísimo por su novedad y chiste.

El jueves tuvo lugar la función de gracia del segundo galán D. Leopoldo Fando. Alabamos el acierto del beneficiado al haber elegido el drama *La última noche*, producción del portentoso ingenio de D. José Etchegaray. Todos los artistas desempeñaron bien sus papeles, descollando en primer linea el inteligente primer actor D. Hernan Cortés, que tenía á su cargo el rol protagonista.

Imposible es explicar de un modo satisfactorio las diversas emociones que despertó en nuestra alma la representación de *La última noche*. Allí se hallan pintadas con bello y poético colorido la realidad y las miserias de la vida humana. Ojalá purificáramos tachar de falso y de fantástico el tipo que presenta Etchegaray, que hace su marcha sembrando corrupción y males por doquier hasta que la mano de un tardío arrepentimiento lo detiene y le des troza el corazón! Hemos llegado á un nivel tan miserable y tan bajo, que forzoso es reconocer su existencia y hasta su preponderancia en la sociedad. En resumen, la obra dramática del Sr. Etchegaray es, á nuestro humilde juicio, de primer orden y constituye una de las joyas más preciosas del teatro español.

Continúe la empresa de San Felipe haciendo cuanto esté de su parte por colmar los deseos de los aficionados al género dramático, que el ilustrado público de Montevideo le prestará su mas firme cooperación y apoyo.

La función del jueves terminó con la zarzuelita *Buenas noches don Simón!* Cubas, que tiene su puesto obligado en todo aquello en que para algo entra el gracioso y el buen humor, se portó como era de esperarse á la altura de sus honoríficos antecedentes.

Nuestro activo colaborador Augusto Serralta nos pide hagamos saber á los favorecedores de *La Voz de la Juventud*, que no contesta en este número al último artículo que el señor Vazquez Vega escribió sobre la enseñanza religiosa en los colegios del Estado, porque tiene que refutarlo con alguna extensión y detenimiento. Conste, pues, que el señor Serralta no abandona aun el terreno á su contendiente y que está dispuesto á quemar en la lucha hasta el último cartucho.

Al fin se acabaron las angustiosas ansias de que nos haría presa la suerte incierta de los nobles y distinguidos ciudadanos que en malhadada hora fueron condenados á surcar en frágil leño el inmenso Océano. Cinco de los ilustres desterrados han arribado ya al Río de la Plata, han visto cumplidas sus caras aspiraciones después de pasar con valor y resignación inquebrantables por las mas terribles pruebas que puedan pesar sobre ciudadanos que víctima la pasión política. Tributemos un homenaje de gratitud á la divina Providencia que ha conservado esas preciosas vidas, y que permite á los dignos hermanos estrañados volver á respirar las suaves y reanimadoras auras de la patria.

La Voz de la Juventud no ha dejado de consignar en todos sus números un recuerdo cariñoso hacia los ciudadanos deportados. A ellos estamos estrechamente unidos por los firmes lazos de una magnifica comunión de ideas.

Felicitamos nuevamente á las familias de los ciudadanos desterrados. Quéleles el consuelo después de haber sufrido tantas penalidades de haber rodeado sus angustias frenéticas con una aureola resplandeciente de virtud y gloria eterna.

El numen poético da aun señales de vida entre nosotros. Lo decimos rebosando de satisfacción y orgullo. Don Eduardo Gordon ha terminado una pieza dramática que lleva por título *El hijo de la miseria*. Personas competentes que han oido su lectura nos suministran favorables informes. Subirá á la escena de Solis dentro de muy poco. El señor Julio Figueroa también ha enriquecido la literatura nacional escribiendo un drama intitulado *Carlos el presidario*. Está en manos del doctor don Alejandro Magariños Cervantes, quien con la franqueza que lo caracteriza hará conocer la opinión que se ha formado de dicha obra.

Creemos que el público dando cumplida satisfacción á las exigencias de la justicia, dispensará bendvolamente su

protección á los señores Gordon y Figueroa, que han emprendido la meritaria tarea de abrir una nueva dirección á los trabajos literarios de la juventud, y de colocar un grano de arena (aunque la metáfora pequeña por vieja) en el naciente teatro nacional.

La abolición de la esclavitud

Señores:

El tema sobre que debo disertar, la abolición de la esclavitud, es una de esas cuestiones que ha llamado más vivamente la atención de los hombres pensadores de todos los tiempos, porque está interesado en ella lo que hay de mas grato é íntimo al hombre: su libertad personal, y aún su misma dignidad, y por que al par que es uno de los problemas más importantes de la ciencia histórica el resolver á quién se debe la destrucción de tan injustificable estado, afecta directamente los sentimientos más naturales del corazón humano.

Yo me propongo demostrar que la abolición de la esclavitud es obra exclusiva del catolicismo, que á él se debe la sin igual gloria de la emancipación universal de los esclavos, que es el timbre más glorioso que se pueda presentar á la eterna gratitud de los pueblos, que es el paso más agigantado en el camino del progreso, que es el beneficio más grandioso que se haya podido dispensar á la humanidad.

Pobres son mis facultades y escasísima mi erudición para desempeñar cual conviene tan grave materia; muchos y muy respetables los autores que han escrito sobre ella, así es que no me lisonjeo de decir nada nuevo sino mas bien de reasumir y demostrar las opiniones que creo mas exactas y contribuir de ese modo á que se abra paso y triunfe siempre la verdad.

Creo inútil demostrar por medio de la historia, la universal extensión y arraigo de la esclavitud antes de la aparición del cristianismo; nadie que haya consultado las páginas de la historia podrá desconocerlo.

En efecto: la vemos en la India con la odiosa división de las castas establecida y justificada por los legisladores y filósofos de aquella época y aun la misma religión, a punto de ser considerados los párias como una raza de hombres maledicidos por el cielo y que venían á espiar grandes crímenes cometidos en supuestas anteriores existencias. En el Egipto una del antiguo saber y donde los sábios de todas las naciones iban á beber la ciencia de los lábios de sus sacerdotes, hallamos al numerosísimo pueblo de Israel sufrir el mas duro cautiverio por parte del orgulloso egipcio que le hace levantar aquellos monumentos colosales, aquellas pirámides gigantescas que aun admiramos después de 40 siglos. En Fenicia, en Tiro, en Chios, en las Galias eran numerosísimos los esclavos. En Roma, en Espartá y en Atenas, eran tan abundantes, que ponían frecuentemente en peligro el orden público con sus continuas rebeliones y se conoce que preocupaba la atención de los políticos la manera como habían de tratarse los esclavos puesto que vemos en las obras de Aristóteles y de Platón que se dan reglas para ello. En Roma era tan considerable su

número que se cuenta, que habiéndole querido dar un trabajo distintivo, el Senado se opuso energicamente, temeroso de que si los esclavos conocían su número fuera imposible reprimir una sublevación general.

Cual era el tratamiento inhumano de los esclavos se puede de comprender reflexionando cuáles eran las absurdas ideas dominantes respecto á ellos: las preocupaciones que habían en la multitud, las legislaciones que consideraban el esclavo como cosa y no como persona, como propiedad absoluta del dueño el cual podía disponer de él á su capricho, las costumbres inveteradas que establecían en Roma, por ejemplo, que siempre que un dueño fuera asesinado, todos sus esclavos debían ser degollados aunque fueran inocentes, para conseguir por medio del terror la ciega sumisión de aquellos; y así vemos en el asesinato del prefecto Pedanio Secundo que sus 400 esclavos son pasados á cuchillo por orden del Senado á pesar de la oposición del pueblo que se sublevó á la noticia de suceso tan injusto e inhumano.

Ahora ¿cuáles eran las causas y el origen de la esclavitud? ¿cuáles las circunstancias que habían determinado el establecimiento y universalidad de esa institución la mas atentatoria de los derechos sagrados de la personalidad humana? Sabemos que una de las causas principales á que debían el gran número de los esclavos su infelísimo estado era á las contingencias y revéses de las guerras y conquistas al nacimiento, á la pobreza, en una palabra, á las malas pasiones, al derecho del mas fuerte.

Las guerras y conquistas eran indudablemente la primordial fuente de esclavitud por lo frecuentes que eran en aquellos tiempos y por las costumbres bárbaras que en ellas regían.

Los antiguos no conocían la índole suave y la humanidad de nuestras guerras. Segun las leyes de entonces no había compasión para los vencidos: estos no tenían medio que elegir entre la esclavitud ó la muerte.

Cuando una ciudad ó una nación era invadida por otra, los habitantes que escapaban al degüello del primer momento eran reducidos á la mas ignominiosa servidumbre y como estas guerras e invasiones eran continuas en la sociedad pagana ved ahí el origen principal de la esclavitud.

Así vemos en la toma de Jerusalén por Tito Vespasiano, al principio de nuestra era, que todos los habitantes que se libraron del horrible exterminio e incendio de la ciudad destruida (que si mal no recuerdo eran 70,000) todos sin excepción se hallaron transformados de la noble condición de hombres libres de que gozaban, á la abyecta situación del esclavo; y eso que Tito Vespasiano fué el mas humano de los emperadores.

Al considerar el horrible tratamiento, la abyecta condición y el número considerable de esclavos que existía en la sociedad antigua, se admira el hombre pensador y no acierta á salir de su extrañeza y esplicarse cómo una institución tan evidentemente injusta e irritante, cual es la de la esclavitud, y que tan á las claras contradice la razón y la naturaleza del hombre, no provoca la santa indignación de los filósofos y de los hombres justos, como la vida de una iniquidad tan manifiesta no inspira todo el odio y

aversion que merece, cómo no hay una voz bastante noble e independiente que combata, que condene, que anatematice con toda la energía y la severidad de la justicia tan inicuo atentado á la dignidad del hombre.

Y sin embargo es lo cierto, para baldon y eterna deshonra de aquellas generaciones, que tal indignación y odio no se manifestó, que tal palabra no resonaría, sino que por el contrario todo parecía confabularse contra la libertad del hombre antiguo.

En efecto, no solo las preocupaciones, las costumbres e intereses favorecían la esclavitud, sino que la legislación universal de todos los pueblos la reconocía, dando al dueño el terrible derecho de vida y muerte sobre sus esclavos y hasta la misma filosofía y aun la religión trataban de justificar la esclavitud, pues vemos que en la *Odisea* que era el libro sagrado del Paganismo, el padre de la poesía, el inmortal Homero refiere que los dioses habían arrebatado la mitad del entendimiento á los esclavos. El divino Platón asienta en sus *Didálogos* la absurda preocupación, muy generalizada entonces, de que en el ánimo de los esclavos no había nada de sano y entero y que un hombre prudente no debe fiarse de esa raza de hombres; y Aristóteles, después de establecer en sus obras que una familia perfecta debía componerse de libres y esclavos y refutar la opinión de los que creían que la esclavitud era contraria al orden de la naturaleza, llega hasta pretender que ésta había tenido el designio de producir hombres de dos clases, unos destinados para la esclavitud y otros para la libertad, y así unos eran dotados de una organización robusta y apropiada para el trabajo, y otros por el contrario débiles de cuerpo pero de mucha inteligencia como para la vida civil.

Y sin embargo, lo que no habían hecho los sábios, lo que no hiciera la humanidad entera en largos siglos, la hace el cristianismo en un momento; pues tan pronto aparece y hace oír su voz divina, proclama la igualdad de todos los hombres ante Dios, revela al hombre la altura de su origen y la grandeza de su fin, le da una viva conciencia de sus deberes y derechos, y destruye con una palabra todas las cavilaciones de los sábios y las absurdas preocupaciones de todos los pueblos.

Así es que el Apóstol establece frecuentemente en sus admirables epístolas la igualdad de naturaleza de todos los hombres y nunca se olvida de inculcar en ellas la nulidad de la diferencia del esclavo y del libre; así en la Epístola á los Gálatas dice: «*todos sois hijos de Dios...*» cualesquiera que habeis sido bautizado os habeis vestido de Cristo; no hay judío ni griego... *esclavo ni libre*, pues todos sois uno.»

Así también el grande Obispo de Hipona, el digno heredero de Platón, San Agustín, en su *Ciudad de Dios* invoca en favor de la igualdad de los hombres el orden de la naturaleza y la voluntad del mismo Dios y dice: «*así lo prescribe el orden natural, así crió Dios al hombre, díjole que dominaría los peces del mar y las aves del cielo... La criatura racional hecha á su semejanza no quiso que dominase sino á los irracionales, no el hombre al hombre, sino el hombre al bruto.*»

Del mismo modo el *Ángel de las escuelas*, el gran Santo Tomás de Aquino, uno de los genios más grandes de su siglo, no vio en la esclavitud ni diferencia de razas, ni la inferioridad imaginaria de los filósofos, ni medios de gobierno; no cierta a explicárselo de otro modo que considerando la esclavitud como una de las plagas acarreadas á la humanidad por la prevaricación del primer hombre.

¿Cuál fué, pues, la conducta de la Iglesia en la abolición de la esclavitud? ¿Se limitó solamente á la propagación de sus grandiosas ideas acerca de la dignidad del hombre y á sus sublimes máximas de caridad e igualdad, ó además procuró realizarlas por medio de sábias instituciones? ¿proclamó la emancipación absoluta y repentina de los esclavos causando la confusión y la ruina más espantosa en toda la sociedad, ó más sabia y prudente se sirvió de todos los medios pacíficos, de la persuasión y de instituciones benéficas para ir mejorando lenta pero más eficazmente también la dura condición del esclavo concluyendo por abolirla por completo? ¿Es posible la abolición repentina ó muy rápida?

Con solo reflexionar un momento se vé que era imposible de todo punto la abolición repentina de la esclavitud, ó sea la emancipación universal de los esclavos, porque por muy injusta que fuera tal institución, se hallaba sostenida sin embargo por cuanto hay de más poderoso e influyente en la sociedad, cual es la ciencia, la filosofía, las leyes, la política, la religión y especialmente los intereses.

Si el cristianismo hubiera empezado por proclamar la emancipación universal, no solo no hubiera conseguido extenderse y hubiera malogrado su intento, sino que hubiera destruido todo orden social y hubiera producido el más horroso caos en el Universo.

El estado de embrutecimiento de los esclavos los hacía incapaces por otra parte del goce legítimo de la libertad, y llenos sus pechos del deseo de venganza por el mal tratamiento que se les había dado, hubieran producido las más terribles catástrofes en todo el mundo.

De aquella masa de hombres brutales y furibundos, como dice muy bien el ilustre Balmes, puestos sin preparación en libertad, era imposible que brotase una organización social; porque una organización social no se improvisa, y menos con semejantes elementos; y en tal caso, habiéndose de optar entre la esclavitud y el aniquilamiento del orden social el instinto de conservación que anima á la sociedad como á todos los seres, hubiera acarreado inudablemente la duración de la esclavitud allí donde hubiese permanecido todavía, y su restablecimiento allí donde se la hubiese destruido.

¿Cuál fué la conducta de la iglesia en la destrucción de la esclavitud? Abramos la historia y ella nos dirá que empezó por destruir los errores, desvanecer las precauciones y suavizar las costumbres con respecto á los esclavos; y por medio de un plan regular, constante, prudente, lleno de celo y de caridad, por medio de las numerosas decisiones de los concilios que hacían de la mejora y abolición de la esclavitud uno de sus objetos preliefos y echando mano de todos los recursos de su influencia espiritual fué paulatinamente suavizando y mejorando la dura y miserable

condición del esclavo, restringiendo la conducta arbitraria del dueño y sustituyendo al terrible derecho de vida y muerte de los particulares, la autoridad pública, fundamento de todo orden social.

Creando un sistema de deberes y derechos reciprocos entre el dueño y el esclavo, prohibiendo con censuras eclesiásticas la mutilación y el maltrato de estos favoreciendo de todos modos la manumisión de los esclavos en los templos al par que hacia una tácita declaración de cuangradable era á Dios la libertad de los hombres, al mismo tiempo los revestía á los manumitidos de cierto carácter sagrado que los defendía de los amos que querían volver á esclavizarlos.

Inspiró y fundó el Catolicismo las Ordenes Redentoras de esclavos y cautivos que tantos bienes dispensaron á la humanidad; dió un alto ejemplo la Iglesia de la dignidad de los esclavos, puesto que escogía sus ministros sin distinción entre los hombres libres como entre los esclavos, haciendo así resaltar la ninguna diferencia que hacia para el sublime carácter sacerdotal entre los siervos y los amos.

Era tanto el celo y generosidad de la Iglesia por la redención de los cautivos, que prescribia y facultaba de muy antiguo en sus canones á los obispos para vender las alhajas y vasos sagrados de los templos con solo el objeto de redimir cautivos.

Respecto á que la Iglesia no haya abolido rápidamente la esclavitud, ya hemos demostrado que era imposible, y contrario por otra parte al espíritu de orden y de paz que debe animar la religión de Jesu-Cristo; no es con revoluciones violentas como debe y puede progresar la sociedad, es por medio de la poderosa y pacífica influencia de las ideas como ha de verificarse.

Tenemos un ejemplo en la historia de los tiempos modernos, la revolución del 93 que manifiesta lo que hubiera pedido producir al principio de nuestra era la proclamación hecha por el cristianismo de la libertad universal. Si en el siglo 18 y en el país más civilizado de Europa las doctrinas revolucionarias de Rousseau y Voltaire, sobre los reyes y la aristocracia, inundó de sangre y llena de ruinas y desastres la Francia; ¿qué hubiera producido la emancipación universal de los esclavos 19 siglos atrás cuando era muy inferior el estado moral e intelectual de los hombres y tratándose de todo el universo? el entendimiento no alcanza á comprender todo el desconcierto que se producía.

Aquí tenemos también el feudalismo, esa monstruosa organización de los siglos bárbaros, que dividía una nación en una infinidad de señoríos en el que cada noble era un tirano absoluto, y que tenían anarquizada la Europa; vedía resistir al poder ilimitado de los emperadores y reyes por tantos siglos y cómo aún se conservan sus restos en algunas naciones europeas.

Por consiguiente no digamos que á la Iglesia no se debe exclusivamente la abolición de la esclavitud por que subsistió por muchos siglos en la sociedad cristiana, sino por el contrario admitemos esa conducta, ese plan tan sábio y prudente, tan uniforme y constante con el cual no se dejó llevar de un celo exagerado e imprudente que hubiera malogrado inudablemente sus mismos fines.

Además de esos 19 siglos que existe la Iglesia, los 3 primeros se halló cruelmente perseguida; al poco tiempo de subir al trono con el vencedor de Maxencio, sucedió la irrupción de los bárbaros del Norte que efectuando una confusión y trastorno universal en los idiomas, en las leyes, en las costumbres, no solo impidió y neutralizó la benéfica acción del catolicismo, sino que aumentaron más la esclavitud por el sistema de conquistas y violencias que hicieron dominar por todas partes.

Gloria, pues, y eterna gratitud á la religión católica sea tributada, pues ella ha sido la libertadora de la humanidad.

Gloria y eterna gratitud tributen las naciones á la religión del Divino Crucificado, que ha sido la dignificadora de la sociedad.

Gloria y eterna gratitud profesen á la angusta religión de Jesucristo todos los entendimientos elevados y todos los corazones generosos, pues ella ha sido la creadora de la sublime igualdad y fraternidad de todos los hombres de que gozan las naciones civilizadas.

He dicho.

RAMON JOSÉ LOPEZ.

Una aventura singular

(Conclusion)

—Paneracia y Vd.?

—Yo Tristan Canela.

(Pasa un momento de silencio.)

De pronto el galán toma la palabra y después de hacer un esfuerzo heróico dice á la dama á media voz:

—A mí me gusta mucho el nombre de Paneracia....

—Y a mí también me gusta el de Tristan.

—¿Quiere Vd. casarse conmigo?

—Yo tendría mucho gusto en casarme con Vd. (1)

Después de tan estrepitosa declaración, ¿qué sucedería?

Un periódico de aquella localidad narraba dos meses después lo siguiente:

«El Sábado pasado tuvo lugar en esta pacífica ciudad un ensamiento, acompañado de una especie de tragedia.

El hecho es el siguiente: El joven D. T. . . . C. . . . muy conocido en nuestra ciudad, contrajo matrimonio en esa noche con la señorita P. . . . Después de efectuada la ceremonia se disponía la concurrencia á pasar algunas horas bailando, cosa propia en esos actos; de pronto como llovida del cielo aparece en la puerta de la sala una mujer que se dirige al novio á quien araña, diciéndole al mismo tiempo *infame!*... Como es natural esto produce un alboroto general entre las personas allí reunidas; la novia asustada corre y se esconde bajo el lecho nupcial, el novio queda estupefacto y la madre de la novia corre en busca de una hacha para partir á la que tan bruscamente turbó aquella reunión.

Gracias á la intervención de los concurrentes, nada sucede y se averigua el motivo de aquel suceso.

Parce que Don T. . . . C. . . . tenía una novia en Bue-

(1) Histórico.

nos Aires, la que al saber la nueva del casamiento de su prometido había emprendido viage, habiendo llegado tarde para impedir la celebración del matrimonio, pero temprano para poder arañar al peregrino que la había engañado.

Que la tierra les sea lete á los nuevos desposados.....

—No bien, acababa el anciano sombrero de pronunciar estas palabras, vino Vd., continuó misombrero, y me arrancó del seno de aquella reunión.

Dicho esto y en vista de que mi sombrero se había caído, me acosté y apagué la vela, pensando transcribir al papel aquella narración.

CATÓLICAS.

Instituciones civiles y religiosas del siglo XV

—el renacimiento

TÉSIS LEIDA EN EL AULA DE HISTORIA Y PRESENTADA EN LA SOCIEDAD FILO-HISTÓRICA

L.

Señores:

Cuando en las horas tranquilas de meditación y de estudio penetramos atrevidamente en los áureos y tenebrosos de la historia, uno de los grandes acontecimientos que atraen más la atención de nuestro espíritu es sin duda el portentoso cambio que se opera á principios de la Edad Moderna y ante el cual se desmoronan completamente las espesas murallas del feudalismo, dejando ver en lontananza los azulados horizontes de libertad y de progreso.

Las instituciones políticas de la Edad Media, aquellas instituciones que habían sabido resistir durante más de diez siglos los mandatos imperiosos de los Césares y los anatemas iracundos de los Papas, se desploman ruidosamente al contacto de las masas populares, que despertando del vergonzoso letargo en que habían permanecido hasta entonces, se hierguen altivas, arrastrando á su paso á los que habían desconocido sus derechos y esclavizado sus cuerpos, á los que les habían arrebatado el pan con que mitigaban el hambre de sus familias, pan amasado con el sudor de sus frentes, para alimentar con él los halcones que les ayudaban á satisfacer su pasión por la caza!

Luis II, Fernando el Católico, Enrique VII, comprendieron las inmensas ventajas que resultarían á la monarquía del empleo que se hiciera del pueblo oprimido y vejado por el despotismo de los nobles; ese pueblo respondió en masa á su llamado y se le vió, ya caer, ordenado en numerosos ejércitos en las llanuras de Granson y Morat sobre las huertas de Carlos el Temerario, ya reglamentado en hermandades asaltar los almenados torreones de los señores feudales de Castilla; pero lo que no llegaron á alcanzar esos grandes políticos, es que una vez reconocida su importancia vendría más tarde ó más temprano á hacer bambolear y caer á su poderoso impulso los tronos y las coronas.

Vamos ahora á examinar ligera y brevemente las grandes transformaciones que se operaron en el carácter y en la constitución de esas masas populares, para poder entrar des-

pues á considerar el importante rol que representan en la escena política de la Edad Moderna.

Diríjameis nuestras miradas á las regiones poéticas y fascinadoras de la Grecia, y sin dejarnos ofuscar por el falso brillo de su civilización, veremos á los inocentes Héros esterminados traidoramente por sus austeros señores; apartemos la vista de esas sangrientas escenas y traspasando el Adriático, fijemosla por un momento en la ciudad de los grandes recursos y de las grandes esperanzas, en la poderosa Roma, y encontraremos á los plebeyos sosteniendo una lucha continua e incesante para conquistar sus derechos desconocidos y obtener la nivelación completa de clases, alcanzándola por un momento para ser completamente olvidados y relegados á la esclavitud y á la abyección en la noche tenebrosa del absolutismo.

Pero la hora de redención ha sonado. De las humildes y olvidadas comunas de la Judea se eleva la voz inspirada de un hombre en cuya frente brilla la aureola fulgente de la divinidad; y cuando el écho de su palabra, prestigiada por los sufrimientos y por el martirio, reverente en las espaciosas bóvedas de los templos del paganismo, las imágenes de los falsos dioses caen rotas en mil pedazos de sus pedestales y los pueblos oyen con admiración los sublimes principios de su inmortal propaganda: libertad, igualdad, fraternidad.

Desde este momento el pueblo es arrancado á la esclavitud ominosa en que yacía; pero aun necesita para alcanzar el puesto que se le ha designado en el vasto escenario de la humanidad, el llegar á comprender sus derechos en toda su latitud; necesita un periodo de transición entre el estado de abyección de que acaba de salir y la era de libertad que entrevee en sus ensueños de ventura; y en esa larga época de espera representada por la Edad Media, va poco á poco preparando sus armas á la sombra de las instituciones odiosas del feudalismo y señala el fin de esa grande etapa de la historia con la caída del absolutismo de los nobles para terminar mas tarde su obra con la destrucción del absolutismo de los reyes.

Este es el gran fin que se propone ahora llevar á cabo consagrándose á su realización con incansable perseverancia, y mientras que por medio del Renacimiento y de la Reforma aspira á reivindicar el mas sublime de sus derechos, la mas preciosa de sus conquistas, la libertad del pensamiento, por medio de las asambleas y congresos nacionales opone trabas al poder despótico de los monarcas, y colocando á la cabeza de los movimientos populares á sus mas austeros representantes, impide que la corrupción, que había cerrido sus repugnantes alas sobre los cuerpos gangrenados, de las naciones europeas, comience á minar el edificio que á costa de tantos sacrificios va levantando.

Observando con atención el carácter de los emperadores y reyes, amoldándose á todas las circunstancias y á todos los tiempos, lo vemos en los Estados Generales de Francia aplaudir y promulgar como leyes los mas monstruosos caprichos del infame Luis XI, para levantarse ardiendo á su muerte, haciendo recinar sobre su inepto sucesor la responsabilidad del estado en que su padre había dejado la na-

ción; lo vemos en las Cortes de España dar el ultimo golpe al cadáver destrozado del feudalismo con la supresión de las órdenes de caballería; lo vemos en Inglaterra acusar desde los bancos de la Cámara de los Comunes á los ministros que traicionan sus intereses, y finalmente lo vemos en las Dietas de Alemania mantener integralmente todas sus decisiones contra el poder omnímodo de los sucesores de Carlomagno y de Federico Barbarroja.

Entre tanto que el pueblo iba así remontando los obstáculos que se le presentaban en la escabrosa senda que se había designado, la nobleza, arrojada de sus impugnables fortalezas, se refugia en las cortes de los monarcas e iba poco á poco cambiando la formidable armadura del caballero de la Edad Media por el justillo aterciopelado del galante cortesano, y convirtiéndose en instrumento de adulación y de bajeza, hacia germinar en el corazón de los reyes las ideas mas odiosas y los sentimientos mas infames hacia el pueblo que la había humillado.

Las instituciones judiciales, que hasta la época de que nos ocupamos habían permanecido en el mas profundo desprecio, se reformaron también completamente cuando la concentración absoluta de la autoridad en un solo hombre, permitió vigilar eficazmente la marcha de los tribunales encargados de administrar la justicia; ya no se vieron, al menos con tanta frecuencia, jueces venales y prevaricadores que ponían sobre las inspiraciones de su conciencia las sugerencias del vil interés, y el infame asesino que se presentaba impávidamente ante los hombres que debían juzgarlo, seguro de obtener la impunidad de sus atentados, los juzga ahora completamente, pudiendo regenerarse por medio del castigo que le ha sido impuesto.

Voy á concluir, señores, este pequeño bosquejo de las instituciones políticas del siglo XV, diciendo algunas palabras sobre la constitución de los ejércitos. Hasta entonces habían sido estos formados por el pueblo, que acudía voluntariamente á defender con decisión y valentía la independencia de su patria, pero á aquellos esforzados ciudadanos que marchaban al combate con el ardor bélico del patriota que ve su hogar derrumbado y talados sus campos por las huestes enemigas, sucedieron los ejércitos permanentes, compuestos de mercenarios de todos los países que acuden codiciosos á esponer sus vidas en defensa de un pueblo con quien no los liga ni siquiera un mero sentimiento de simpatía, atraídos por el brillo del oro con que pagan sus servicios los emperadores y los reyes.

¡Reforma fatal para la independencia y la integridad de las naciones!

Eos mercenarios, cuyo único Dios es el oro, cuyos únicos sentimientos son la rapacidad y la avaricia, acamarán mas tarde á los hombres mas infames, á los seres mas abyectos y degradados, si les presentan bastante oro con que saciar su repugnante avidez, bastantes riquezas con que satisfacer su insaciable codicia, y á favor de las tinieblas de la noche, derrocaban al Gobierno constitucional que los ha mantenido y pagado, para elevar en su lugar la dictadura de la venalidad y del crimen.

II

Vamos ahora, señores, á ocuparnos de las instituciones

religiosas en el siglo XV. Hemos tenido ocasión de aplaudir con esfuerzo, en su mayor parte, las acertadas reformas y los provechosos cambios que se operaron en las instituciones políticas de las naciones, y al penetrar ahora á examinar el estado que se encontraba en esa época la Iglesia Católica, el espíritu se contrista y se lamenta ante la repugnancia que le inspira la corrupción, que representada por la persona sagrada del Pontífice Romano, dicta sus gangrenadas leyes á los pueblos cristianos de la humanidad.

Reclinados en el dosel de Gregorio VI, y asumiendo la dirección de las conciencias, vemos á seres abyectos y degradados que surgidos del abismo de la depravación mas espantosa, señaladas sus frentes por el sello indeleble de la infamia, trepan, por decirlo así, las gradas del trono pontificio, aclamados, no por las voces de los cardenales que componen el cónclave, no por los cánticos sagrados de las vírgenes, sino por el timbre metálico del oro al caer en las limosneras de los apóstoles del catolicismo.

Traficantes sin conciencia, se encenegrán cada vez mas en la corrupción mas espantosa, se dejarán llevar por su amor al dinero hasta el extremo de vender el miserable merecemento la absolución y el perdón de los pecados, mancharán el sólio de San Pedro con las obscenidades de inmunda bacanal y ocultarán tras el tupido y denso velo del error, suplantándolos por las reglas infames de la orgía, los principios sublimes e inmutables de la religión de Cristo.

Por el estado en que se encontraba la suprema autoridad religiosa podemos deducir el de los ministros del culto; y así es que á semejanza de su Pontífice, los vemos sentados en los mugrientos bancos de las tabernas, á ellos, los consejeros constantes de la virtud, los perseguidores incautables del vicio, rodeados de miserables tahúres, entregar el oro que han recibido en pago de sus absuiciones á las caprichosas peripecias del juego, ó transformar el sagrado púlpito desde donde deben tratar de inculcar en el corazón de la multitud la verdades profundas del cristianismo, en el tablado donde el miserable titiritero entretiene con las chocarrerías repugnantes de la impavidez y los groseros chistes de la mas asquerosa obscenidad.

Las instituciones religiosas de aquella época en medio de aquel terrible e insosnable caos, debían, pues, respirar, al mismo tiempo que el mas exagerado fanatismo, la descarnada desnudez de la mas completa corrupción.

Una de esas instituciones, creadas en odio á la libertad del pensamiento y establecida principalmente como un medio á la vez de lucro y de crueldad, es ese infame tegido de crímenes y de sangre que ha recibido el nombre de Inquisición.

Ya no es solo repugnancia la que predomina en nuestro espíritu al examinar los hechos de esa carnevada potestad, con que creyeron los pontífices romanos encadenar la conciencia de los pueblos al carro triunfal de la teocracia, sino también el dolor que le aqueja ante el horrible espectáculo que se presenta á su vista y ante el cual el alma que con mas fervor y entusiasmo ha acogido en su totalidad la causa de la Iglesia, siente decaer su fe y desvanecerse rápidamente en fantasmagóricos ilusiones los horizontes serenos

y apacibles que su ardiente imaginación había forjado ante el brillo fascinador de la historia eclesiástica, saturada por el incenso de la mas despreciable adulación.

Horroriza, señores, el ver á los sucesores de los humildes pescadores de Galilea, transformados en los egregios apóstoles del cristianismo, convertidos en infames verdugos del pensamiento, perseguir implacablemente las manifestaciones mas sencillas y espontáneas de la inteligencia humana y valerse, no ya del tormento, de la hoguera, para ahogarlas en su principio, como si purificadas por los sufrimientos y por el martirio no surgiessen radiantes de verdad y de hermosura de las llamas que redeban los restos calcinados del misero mortal, inscribiendo un nuevo nombre en los anales sangrientos de los mártires de la libertad.

Triste caso aquél en que tiene que apelar á estos medios un poder esencialmente espiritual como el Pontificado, cuya verdadera misión era inculcar en los pueblos por medio de la persuasión y de la tolerancia, las verdades puras e impermeables de una religión que reconoce por su fundador al sublime mártir que encavado en la redentora cruz, en vez de atraer sobre las cabezas de sus verdugos los abrasadores rayos del Dios del Sinai, solo tiene para ellos palabras de perdón y de misericordia!

La Iglesia católica, mimada sordamente por la corrupción mas desenfrenada, se hunde cada vez mas en un abismo sin fondo; en vano la austera personalidad de Girolamo Savonarola se levanta para maldecir á los seres degradados que celebran opíparos banquetes sobre el altar enlodado de San Pedro; en vano el ingenioso y sarcástico Erasmo pondrá de relieve á los ojos de los criminales la enormidad de sus odiosos atentados; los Pontífices están ciegos; sus ojos cubiertos por la espesa venda de la pasión se niegan á recibir la luz portentosa de la libertad y la Iglesia, imitando la conducta de su jefe y proclamando como dogmas las mas rancias y absurdas preocupaciones, engendradas en el espíritu de los pueblos que empiezan á rejuvenecerse al contacto de las ideas sublimes de libertad y democracia, la protesta de la fuerza contra la fuerza, la protesta de los egregios principios que proclaman la libertad del pensamiento contra las cadenas ominosas de la esclavitud y del absolutismo.

III.

Cuando sobre las ruinas humeantes del feudalismo se elevó gigantesco y colosal el poder tiránico de la monarquía; cuando al absolutismo de los nobles de derecho humano sucedió el absolutismo de los nobles de derecho divino, el espíritu del hombre restringido á la vez, en las manifestaciones mas espontáneas e inocentes de su libertad por la influencia fatal de la teocracia y por la introducción del mas exagerado despotismo político, no pudiendo expresar libre y sinceramente sus pensamientos, se eleva remontando las espesas y altas barreras que se oponen á su paso y cuando ha perdido ya de vista la hoguera, en donde á semejanza del redentor sublime de la humanidad, mueren quemados en la cruz regeneradora del martirio, los mas nobles y dignos apóstoles de la libertad del pensamiento, encuentra que un horizonte mucho mas sereno

y magestuoso se despliega ante sus atónitos ojos, y escucha con emoción y religiosidad los sublimes cantos de immortal Homero, examina con admiración y curiosidad las brillantes páginas que ha llenado en la historia el buril de Herodoto y Tito Livio, se asombra ante los principios austeros de la verdadera filosofía que desenvuelven ante su deslumbrada vista Sócrates y Platón; hasta que lanzado otra vez al mundo de la realidad, trata de implantar en él, siguiendo las inspiraciones de su ilimitado entusiasmo, esos sublimes panoramas que ha entrevisto en sus ensueños de independencia y colocando la grandiosa piedra sobre la que pronto se veía elevar el edificio más monumental que han visto los siglos, el augusta templo de la democracia, crea el Renacimiento.

Muy pronto reconoce la falta de un elemento que propague prontamente las nuevas ideas en el corazón de las muchedumbres y la imprenta aparece repentinamente para inculcar en ellas las ideas más puras y los más santos principios, anexionando á los retrógrados partidarios aferados á las rancias preocupaciones del pasado y adornando la noble frente del immortal Guttemberg con la aureola fulgente que envuelve los nombres de los bienhechores de la humanidad.

(Continuación)

Un recuerdo

Cubre la noche de mi patria el cielo
Con luengas alas de negruzas plumas,
Y yo buscando á mi dolor consuelo,
Fijo los ojos en las pardas brumas:

Todo es oscuridad. De espanto llena,
Se estremece de horror el alma mia:
¿En vano la hora espero, que no suena,
Que me alumbe la luz de un nuevo dia!

Tengo á la *luz* derecho; ¿por qué, entonces,
Se me niega la *luz*, siendo yo libre?
¿Llegará el dia en que, rotos los bronces,
La voz robusta del derecho vibre?

Así mis cuitas á los vientos daba
Y á los cielos y al mar las repetía,
Y vientos, cielos, mar, todo callaba...
¿Habrá dolor como la pena mia?

Dije, y el alma reflejó en sí misma,
Y un recuerdo brotó de la memoria,
Recuerdo grato del color del prisma,
Que encierra en sus detalles una historia:

Ví que una nave en las ardientes zonas,
Sobre pausada el mar, sin fuerza el viento
Apénas hinchá las pesadas lonas
E imprime al leño débil movimiento.

Ay! Esa nave, en cárcel convertida,
Lleva al destierro á los hermanos mios...

¡Eso es sufrir!.. Al lado de esa herida
Son mis dolores necios desvaríos.

¡Al destierro!.. es decir, siempre alejado
De cuanto vió y amó, del cielo puro
De su querida patria, colocado
Entre ella y él un insalvable muro.

La madre lejos que nacer le viera,
La dulce esposa que en el alma adora,
O sin poderlo remediar siquiera,
Lejos del hijo que de hambre llora.

.....

Llevad, brasas del Sud, en blando acento,
Ya á la tierra extranjera, ya á los mares,
A do el proscripto esté, mi pensamiento,
Llevad en vuestras alas mis pesares.

Venid olas del Plata, que batisteis
Rudas la prora de su frágil nave,
Y que sus ojos perseguían,—visteis,
Con envidia el volar libre del ave.

Tú, que llevaste nuestro adios postrero,
Triste gemiendo entre las blancas velas,
Ven rápido á mis playas, oh pampero...
¡Tú siempre libre por los mares vuelas!

¡Venid á donde estoy!... Allá, muy lejos,
Ellos están; no os temen: ¡ni siquiera
Pueden ver de esas olas los reflejos,
Al besar de la patria la ribera!

Aunque mis miembros despedacen crueles
Los tiranos que existan en el mundo,
Y aunque libre naci, todos sus *fieles*
Guarden mi cuerpo en calabozo inmundo.

Quiero en mi patria estar: ¡dulce es la muerte
Si respiro su aire en mi agonía,
Si me depara la variable suerte
Tumba en el seno de la patria mia!

.....

Fuese el recuerdo de mi sér borrundo,
Y el consuelo en mi alma fué creciendo,
Las agoreras aves van volando,
Y el pensamiento á lo infinito tiendo.

Sigue la noche su fatal camino
Sin que á pararla baste fuerza humana,
Y yo, que fio en el poder divino,
¡Espero un sol que alumbrará mañana!

Mayo, 5 de 1875.

ANACLETO DUFORT Y ALVAREZ.